



LOS COLLARES MALDITOS

ESTOY —todavía— auténticamente alarmado por las terribles consecuencias del enojoso asunto de los llamados «collares de la muerte». Me parece de una incalificable ligereza que se fabriquen collares, pulseras, muebles-cama, o lo que sea, con semillas venenosas. Las bellísimas bolitas con las que se elaboran son las semillas del «arbus precatorius» y, según parece, se conocen desde hace mucho tiempo y se han empleado siempre para fabricar rosarios, de donde les viene su nombre de «precatorius». Algún periodista incluso ha consultado sobre el particular a determinada orden religiosa y misionera que ha manifestado no conocer ni haber empleado la semilla en ninguna de sus misiones. Preferimos, naturalmente, no ahondar en el comentario a un tema quizá más peligroso que las propias semillas y en la posible relación existente entre el pecado

mortal, que causa la muerte del alma, y el rosario mortal, que podría producir la del cuerpo, por supuesto, sin intención.

Por sistema y por sentido común parece imposible que algo que, según dicen, sólo cuesta cincuenta pesetas —en un momento en que cualquier porquería vale el doble— pueda ser bueno. Claro que por la misma razón resulta absurdo suponer que por sólo ese precio puedan entregarle a uno 60 ó 70 semillas de un arbusto tropical de nombre tan sugestivo y sobre todo tan bonitas, y de un poder venenoso tan acreditado. «Dígaselo usted con collares» podría ser el lema para envenenadores delicados. Pero dígaselo con collares de más precio y construídos con materiales más nobles. Envenenar a alguien por diez duros supone realmente socializar el envenenamiento, pero no deja de ser algo así —por muy llamativos y muy multi-

colores que sean los collares— como hacerlo con unos polvos matorratas vulgares.

En vista de todo esto, yo, por lo pronto y por si acaso, he dejado ya de ponerme cualquier tipo de adorno de cuello y sobre todo de comerme sus cuentas con pan, como habitualmente tenía por costumbre. Está visto que ahora habrá que desconfiar de todo collar de procedencia poco clara y usar y chupar sólo los de auténtica confianza —este collar lo ha hecho mi madre y es todo harina y huevo— o los de auténticas esmeraldas. Y aun así sé de una señora suspicaz, que, con muy buen criterio, ha llevado no sólo el collar, sino la pulsera de pedida de brillantes a la Dirección General de Sanidad para que se los analicen.

Y ha hecho muy bien.

LEO DE LIPPI

